

todo eso? dijo Alfonso. Sólo que yo tengo la corona de mis antepasados, sin haber hecho nada para merecerla.

Se ha citado con frecuencia una respuesta que dió Catinat á Luis XIV cuando disfrutaba el mas alto grado de favor. Despues de haberle hablado este monarca sobre las operaciones de la guerra, le dijo con toda la gracia con que sabia sazonar sus discursos: bastante hemos hablado de mis negocios; veamos ahora como están los vuestros.—Señor, gracias á las bondades particulares de V. M. yo tengo cuanto necesito.— Hé aquí el único hombre de mi reino que usa este language, le replicó el Rey.—En efecto, madama de Maintenon confesaba que él era el único que nada habia pedido. Yo no quiero, acostumbraba decir sirviéndose de una expresion enérgica, parecerme á esos criados que manchan sus servicios pidiendo al amo que les aumente el salario.

PRESENCIA DE ESPIRITU Y SANGRE FRIA.

El hijo de un labrador de la provincia de Wiltshire, en Inglaterra, llamado Brown, de edad de doce años, acostumbraba ir á una villa cercana á hacer las provisiones. Como aquellos contornos se hallasen infestados de ladrones, el muchacho escondia á prevencion las monedas de oro, llevando en el bolsillo las de plata y cobre. Un dia que iba por el campo, se le presentó un ladron pidiéndole el dinero. Brown, fingiéndose sorprendido, le dijo: ya que quereis mi dinero, justo es que vayais por él; y tiró del otro lado de un foso un puñado de monedas. El ladron viendo que eran muchas fué á recogerlas, dejando á Brown tiempo para huir; mas volviendo la cara, vió con sorpresa al muchacho que, montado en su caballo, corria á todo escape. Seguramente no esperaba esta accion de un contrario tan jóven.

La maleta del ladron valia infinitamente mas que las monedas que Brown habia dejado abandonadas.

LA LECTURA.

En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien.

Nunca deben leerse libros que extravien el entendimiento, ó corrompan el corazon. Las lecturas irreligiosas ó inmorales no conducen á la ciencia, por el contrario son una fuente de frívola superficialidad.

Conviene leer los autores, cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado: así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. Estos escritores eminentes enseñan, no sólo por lo que dicen, sino tambien por lo que hacen pensar. El espíritu se nutre con la doctrina que le comunican, y se despierta y desarrolla por las reflexiones que le inspiran. Entre dos hombres, uno mediano, otro eminente, ¿quién preferiria consultar al mediano?

Ningun arte ni ciencia debe estudiarse por diccionarios, ni enciclopedias: es preciso sugetarse primero al estudio de una obra elemental, para dedicarse en seguida con fruto á la lectura de las magistrales. Los diccionarios y enciclopedias sirven para consultar en casos dados y refrescar especies, mas no para aprender las cosas á fondo.

Non multa sed multum: se ha de leer mucho, pero no muchos libros; esta es una regla excelente. La lectura es como el alimento: el provecho no está en proporcion de lo que se come, sino de lo que se digiere.

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva: conviene suspenderla con frecuencia para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo.

Suele decirse que es mas útil leer con la pluma en la mano, apuntando lo mas importante que ocurre; esta regla es en efecto muy provechosa; mas para guardarse de algunos inconvenientes, será bueno recordar lo que sigue: 1º, se corre peligro de escribir muchas cosas inútiles y de gastar, haciendo extractos, un tiempo que se emplearía mejor en la repetición de la lectura: 2º, encomendándolo todo al papel, se cultiva ménos la memoria: el mejor libro de apuntes es la cabeza; esta no se traspapela ni embaraza: 3º, cuando se trata de nombres propios y de fechas, conviene no fiarse de la memoria.

El inmoderado deseo de la universalidad es una fuente de ignorancia. Queriendo saberlo todo, se llega á no saber nada. Son pocos los hombres que han nacido con talentos bastantes para abarcar todas las ciencias. Así es muy importante el poseer á fondo una de ellas; y luego no hacer incursiones en el campo de las otras, sino con la debida consideración de las propias fuerzas, del tiempo de que se dispone y de la profesion que se ha de ejercer. ¿De qué le sirve á un militar el ser botánico, si ignora el arte de la guerra? ¿De qué á un abogado el ser un buen geómetra si se olvida de la jurisprudencia?

BÁLMEs.

Los hechos de Cristóval Colon en su admirable navegación, y en las primeras empresas de aquel nuevo Mundo; lo que obró Hernán Cortés con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavía en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á Francisco Pizarro, y trabajaron los que le sucedieron en sojuzgar aquel dilatadísimo imperio de la América Meridional, teatro de varias tragedias y extraordinarias novedades, son tres argumentos de historias grandes, compuestas de aquellas ilustres hazañas, y admirables accidentes de ámbas fortunas, que dan materia digna á los anales, agradable ali-

mento á la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y al valor de los hombres.

DON ANTONIO DE SOLIS.

En Europa hay varias clases de escritores. Unos escriben cuanto les viene á la pluma; otros, lo que les mandan escribir; otros, todo lo contrario de lo que sienten; otros, lo que agrada al público, con lisonja; otros, lo que les choca, con reprensiones. Los de la primera clase estan expuestos á mas gloria y mas desastres, porque pueden producir mayores aciertos y desaciertos. Los de la segunda se lisonjean de hallar el premio seguro de su trabajo; pero si, acabado de publicar, se muere, ó se aparta el que se lo mandó, y entra á sucederle uno de sistema opuesto, suelen encontrar castigo en vez de recompensa. Los de la tercera son mentirosos, como los llama Nuño, y merecen por escrito el odio de todo el público. Los de la cuarta tienen alguna disculpa, como la lisonja no sea muy baja. Los de la quinta deben ser censurados con tiento, pues no es poco el que se necesita para reprender á quien se halla bien con sus vicios, ó cree el libre ejercicio de ellos una preeminencia muy apreciable. Cada nacion ha tenido alguno, ó algunos censores mas ó ménos rígidos; pero creo que para ejercer este oficio con algun respeto de parte del vulgo, necesita el que lo emprende hallarse limpio de los defectos que va á censurar. . . . El hacer una cosa, y escribir la contraria, es el modo mas tiránico de burlar la sencillez de la plebe, y es tambien el medio mas eficaz para exasperarla, si llega á comprender este artificio. . . .

Creo que el carácter de algunos escritores europeos (hablo de los clásicos de cada nacion) es el siguiente. Los españoles escriben la mitad de lo que imaginan: los franceses, mas de lo que piensan, por la calidad de su estilo: los alemanes lo dicen todo, pero de manera que la mitad no se les entiende: los ingleses escriben para sí solos.

J. CADAHALSO.

Nació el hombre sujeto á la pension del trabajo, para adquirir su sustento, y evitar los perjudiciales estragos de la ociosidad, corruptora de las costumbres y dañosa á la salud del cuerpo.

Las fuerzas en los primeros años, luego que el hombre ha salido de la infancia, son flacas, y la misma debilidad contraen en la última vejez.

Próvida naturaleza le indica ocupaciones proporcionadas á cada edad. Cuando las fuerzas flaquean, sirve su trabajo á preparar las materias de las artes; dejando á los mas robustos y diestros el destino de reducir las á las manufacturas perfectas.

El sexo mas débil de los dos en que están divididos los mortales se halla en lastimosa ociosidad. Toca, pues, á una policía bien ordenada aprovecharse de estas varias clases. Con este principal objeto se formaron las sociedades; é inutiliza su institucion en gran parte cualquier descuido en la reunion de la industria comun de hombres y mujeres.

Son tambien entre sí diferentes las producciones del arte que necesitan los humanos; y de ahí se deriva un principio general de economía política, reducido á ocupar la universalidad del pueblo segun su posibilidad de fuerzas é inclinacion.

EL CONDE DE CAMPOMÁNES.

CARACTÉRES DISTINTIVOS DE LA VIGILIA Y DEL SUEÑO.

NUESTROS medios de comunicacion con el mundo corpóreo son los sentidos; y así conviene examinar si su testimonio es un seguro criterio de verdad.

La cuestion que mas comunmente se ofrece la primera, es si podemos distinguir el sueño de la vigilia. Cuando soñamos nos parece que estamos en comunicacion actual con objetos reales, los que sin embargo sólo existen en nuestra imaginacion. Este error lo padece muchísimas noches gran

parte de los hombres, y lo rectifica todas las mañanas; ¿seria posible que nuestra vida entera fuese un sueño, y que la vigilia no fuera mas que un sueño de nueva forma?

La claridad y viveza de las afecciones sensibles no es suficiente indicio de la realidad de los objetos. Si bien es verdad que muchas veces las impresiones experimentadas en los sueños son débiles y oscuras, tampoco puede negarse que con harta frecuencia son tan vivas y claras, que nos causan afecciones de alegría, tristeza, esperanza, temor, espanto, como si estuviésemos despiertos.

Por lo dicho se ve que es necesario buscar otras diferencias características: hélas aquí. 1ª. Las sensaciones de la vigilia estan sujetas á nuestra voluntad, no sólo en cuanto á sus modificaciones sino tambien á su existencia. Leo este papel porque quiero; si no quiero me lo quito de delante y la sensacion de la vista desaparece. 2ª. En la vigilia nos hallamos en la plenitud de nuestras facultades, reflexionamos sobre las sensaciones, las comparamos con otras actuales ó pasadas, y aún con las soñadas, y esto constantemente. 3ª. Reina un orden fijo entre las sensaciones de la vigilia; se suceden por una conexion de causas que nosotros conocemos y modificamos de mil maneras.

Lo contrario sucede en el sueño: las sensaciones se nos ofrecen, y para atraerlas ó desviarlas nada puede nuestra voluntad. No somos capaces de reflexionar sobre las mismas, y si llegamos á tener alguna vislumbre de reflexion, es siempre débil é incoherente. Por fin, las sensaciones del sueño se nos ofrecen en completo desorden, sin relacion á lo presente ni á lo pasado; y cuando están mas conexas, todavía forman una cadena rota por mil puntos. Son grupos de fenómenos aislados, sin enlace fijo en el curso de nuestra vida; cada noche nos alucinan, pero cada mañana los despreciamos.

*

La prueba evidente de que hay una diferencia esencial entre las impresiones del sueño y las de la vigilia, está en que durante el sueño nunca dudamos siquiera de la realidad de las de la vigilia; y despiertos, estamos siempre seguros de que las del sueño son vanas ilusiones.

J. BÁLMES, FILOSOFIA ELEMENTAL.

Hallábase el padre predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales: su estatura procerosa, robusta y corpulenta, miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados: muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado: hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra de ciertas beatas, que se desvivan por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes, y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamas citaban á los Santos Padres, ni aún á los sagrados Evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A san Mateo le llamaba *el Angel Historiador*: á san Márcos *el evangélico Toro*: á san Lucas *el mas divino Pincel*: á san Juan *el Aguila de Patmos*: á san Gerónimo *la Púrpura de Belen*: á san Ambrosio *el Panal de los doctores*: á san Gregorio *la alegórica Tiara*.

.... Dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapa-cuello de la

capilla, en ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, miéntras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados; y como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho. Esto, afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pié en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que aire, volverle á meter en la manga á compas y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso; no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo san Pablo le predicara, que todos ellos eran, por lo ménos, otras tantas evidencias de que allí no habia, ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

EL P. ISLA (FRAY GERUNDIO).

GUZMAN EL BUENO.

En medio de la variedad de opiniones que habia sobre el legítimo derecho á la corona, prevaleció el partido del rey D. Sancho, á quien llamaron *el Bravo* por aquel valor suyo que participaba algo de ferocidad. Casó con Doña María, hija de D. Alfonso, señor de Molina, y nieto de Don Alfonso *el Sabio*, por medio de cuya alianza incorporó á la corona el señorío de Molina.

Habiendo ganado de los moros la villa de Tarifa, confió el gobierno de ella á D. Alonso Perez de Guzman *el Bueno*, progenitor de los duques de Medinasidonia, el cual defendió

vigorosamente aquella plaza en el cerco que la pusieron los sarracenos, mandados por el infante D. Juan, hermano del rey. Cayó en poder de los sitiadores un hijo de D. Alonso; y ellos, para obligarle á rendirse, le amenazaron con que degollarían al hijo; pero el padre léjos de intimidarse por tan dura proposición, arrojó desde la muralla un cuchillo para que se ejecutase el sangriento sacrificio, ántes que faltar á la obligación de defender la plaza. Retiróse á comer; y oyendo luego los gritos que daban los soldados al ver degollar bárbaramente al niño, acudió á saber la causa, y dijo con increíble serenidad: *pensaba que habian entrado en la ciudad los enemigos*: muestra de magnánimo patriotismo, la mas señalada que se lee en las historias. Por ella conocieron los bárbaros adonde llegaba la intrepidez de Guzman *el Bueno*; y desconfiados de conquistar plaza que tal defensor tenia, levantaron el sitio, y se volvieron á Africa.

T. DE IRIARTE.

NACIMIENTO DE GIL BLAS Y SU EDUCACION.

BLAS de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno, y mi padre por escudero. Como no tenían mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tío, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres y medio pies de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y hé aquí la "*vera effigies*" de mi tío. Por lo demas era un

eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era niño, y se encargó de mi educacion. Parecióle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al Doctor Godínez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela que al cabo de cinco ó seis años, entendia un poco los autores griegos y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas, que no apetecian otra cosa, y entónces era el oírnos disputar ¡qué voces! ¡qué patadas! ¡qué jestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en la boca! Más parecíamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en la ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se lisonjeaba infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion, pronto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: ola, Gil Bla, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y tu talento, no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viaje te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo, que te dé comer honradamente.

No podia proponerme mi tío cosa mas de mi gusto, porque

reventaba por ver mundo: sin embargo supe vencerme, y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, sólo me mostré aflijido del sentimiento de separarme de un tío á quien debía tantas obligaciones; enterneci6se el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daría si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazón. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los días encomendase á Dios á mi tío, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho ménos á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula y salí de la ciudad.

EL P. ISLA.

LA PENA DE MUERTE.

ESTE hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace mas que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo:

“ Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.”

Ese grito precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del sér que va á morir, se con-

funde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algun reo de muerte habrá hecho esta singular observacion; pero debe ser horrible á sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado. Leída y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura; la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él: gran consuelo debe ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al traves del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresion, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes. Llegada la hora fatal, la cofradía de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de piés y manos sobre un animal, y la marcha fúnebre comienza. . . . Un tablazo se levanta en un lado de la plázuela: la tablazon desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿ Qué quiere decir un reo noble? ¿ Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces. El reo ha llegado al patíbulo: en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un

palo solo ; esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los carneros de Casti, á quienes su amo proponia, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Se sentó por fin. . . . De allí á un momento una lúgubre campanada semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrian, resonó por la plazuela ; el hombre no existia ya. . . . La sociedad, dije, estará ya satisfecha ; ya ha muerto un hombre.

M. J. DE LARRA.

EL DELINCUENTE HONRADO.—ACT I., ESC. V.

DON SIMON Y DON TORCUATO SU YERNO.

Simon.—Haz tu viaje, hijo mio, y procura volver cuanto ántes. Laura sin tí no vivirá contenta: ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo . . . pero ya soy muy viejo. A propósito ¿qué te parece de este D. Justo?

Torcuato.—Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡qué talento! ¡que humanidad!

Sim.—Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo yo quisiera á los ministros mas duros, mas enteros. ¡Si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo ¡Oh! ¡Aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un Digesto vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entónces se ahorcaban hombres á docenas.

Torc.—Habria mas delitos.

Sim.—¿Mas delitos que ahora? ¿Pues no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

Torc.—Segun eso, habria ménos conocimiento de las leyes.

Sim.—¿De las leyes? ¡Bueno! Ahí estan los comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron: hombre hubo, que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo: todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de extranjia, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que sólo se trata de planes, métodos, ideas nuevas? Así anda ello. ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche con D. Justo sobre la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre los duelos necesitaba de reforma? ¿y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafío, que al que lo provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! Como si no fuese igual la culpa de ámbos. Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

Torc.—No por eso dejará de ser acertada. Los mas de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! En esa parte lo mismo pienso yo, que el señor D. Justo.

Sim.—Pero hombre. . . .

Torc.—En los desafíos, Señor, el que provoca es por lo comun el mas temerario, y el que tiene ménos disculpa. Si está injuriado, ¿porqué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán, y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible: pero el desafiado. . . .

Sim.—Que se queje tambien á la justicia.

Torc.—¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, Señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas: la opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? La nota que le im-

puso la opinion pública podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera; pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía: que es alma de la sociedad: que distingue las condiciones y las clases: que es principio de mil virtudes políticas: y en fin, que la legislacion, léjos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

Sim.—¡ Bueno, muy bueno! Discurso á la moda, y opinioncitas de ayer acá: déjalos correr, ó que se maten los hombres como pulgas.

Torc.—La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido, se podrá castigar al temerario que confunde el honor con la braveza; pero miéntras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

Sim.—Segun eso, al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿ No es verdad?

Torc.—Si fué injustamente provocado; si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes; si solo cedió á los ímpetus de un agresor temerario, y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales: habrá ménos desafíos, ó ninguno: y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el ánimo del juez sobre la muerte de un desdichado. Pero, Señor, Laura estará impaciente; si os parece. . . .

Sim.—Sí, sí: vamos allá. Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? No, D. Justo adelanta terriblemente en la causa: tanto como eso es menester confesarlo. El es activo como un diablo. Sí, como un diablo. ¡Fuego!

EL DELINCUENTE HONRADO.—ACT IV., Esc. VI.

DON JUSTO Y DON SIMON.

Simon.—¡ Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia: todos lloran, todos se afligen, y todos sienten su desgracia. Ved aquí, Señor Don Justo, las consecuencias de los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que, por conservarle, atropellan todas sus obligaciones. No: la ley los castiga con sobrada razon.

Justo.—Otra vez hemos tocado este punto, y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud, y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos seria buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafío, que entre ellos fuera un delito grave; pero en un país donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional, y la misma Constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un país donde el mas honrado es el ménos sufrido, y el mas valiente el que tiene mas osadía: en un país, en fin, donde á la cordura se llama cobardía, y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado, solo porque piensa como sus iguales? ¿Una ley que sólo podrán cumplir los muy virtuosos, ó los muy cobardes?

Sim.—Pero, Señor, yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos mas sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

Just.—Cuando haya mejores ideas acerca del honor, con vendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entretanto las

penas fuertes serán injustas, y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto ménos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacia plausibles los duelos, y entónces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos poco mas ó ménos como los godos, y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales.

Sim.—Esos discursos, Señor, son demasiado profundos: yo no soy filósofo, ni los entiendo: pero estoy muy mal con que los mozos.

Just.—Dejemos una contestacion que debe afijirnos á entrámbos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

D MELCHOR GASPARD DE JOVELLANOS.

VIDA DE DA. MARIANA PINEDA.

Entre tanto ya se oian á lo léjos los tambores de las tropas que marchaban al sitio de la ejecucion, y las pisadas de los caballos que iban á colocarse en determinados parajes para contener cualquier tumulto. Un sordo y pavoroso murmullo anunciaba la aproximacion de la hora fatal, como el hondo y confuso ruido en las entrañas de la tierra, y los lejanos aullidos de los animales amedrentados anuncian el próximo temblor. Ya se percibia el rugido de los primeros rastrillos, y el rechinar de los pestillos y cerrojos de las puertas interiores de la cárcel: la palidez de todos los semblantes indicaba la agitacion que padecia el espíritu de los que

allí se hallaban: un silencio profundo reinaba en la capilla cuando se presentaron los buenos hermanos de la caridad, los religiosos auxiliares, y el ejecutor de la justicia.

Traian en una bandeja de plata un saco y un birrete negros. El hermano mayor de la caridad, fué el encargado para vestirla, y bien fuese por lo turbado que estaba, bien por un efecto de su avanzada edad, le puso el saco al revés: Mariana con aquella presencia de espíritu que conservó hasta el último momento, advirtió que estaba mal puesto, y ella misma se lo quitó y volvió á poner bien: sus delicadas manos bellas por su blancura, y por los lindos hoyuelos que al abrirlas formaban la coyunturas de los dedos, habian sido constantemente objeto de admiracion de cuantos la conocian, ahora se entrega de ellas el verdugo para aprisionarlas con una tosea cuerda. Los frailes de los conventos de Capuchinos, San Anton y San Francisco que debian acompañarla á bien morir, se dirijian todos precedidos del verdugo á la puerta de la cárcel. Marchaba Mariana con paso firme, con semblante humilde pero animado; destrenzado el cabello de atras, le salia por debajo del birrete, cubriéndole la espalda, los hombros y una parte del pecho: los bucles de la cara ondeaban sus mejillas, y se alargaban casi hasta la mitad de su hermoso cuello: llevaba los ojos clavados en el crucifijo, pero sin derramar una sola lágrima. Así llegó á las puertas de la cárcel en el momento mismo en que el pregonero público anunciaba á voz en grito el crimen de traicion, por el que habia sido sentenciada á la pena de garrote y confiscacion de bienes, y en nombre del rey amenazaba de muerte al que apellidase perdon ó de cualquier manera se opusiese á la ejecucion de la sentencia. ... El patíbulo estaba levantado al lado izquierdo de la Virgen. Era un tablado de madera de cinco piés de altura, cubierto de bayetas negras: en un extremo estaba el banquillo en direccion á la calle de San Juan de Dios, y de espalda á la calle Real; por este lado tenia la subida cubierta así mismo de negro; esta distincion de estar enlutado el cadalso, y la de ser conducido el reo en